



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

FELIX RECIO

La retirada de Pepita

ARTURO REINA

¡A las dos!...

FIACRO IRAYZOS

Los tres sargentos.

ROQUE DE LARA

Ingenuidad femenina.

JOSÉ LUIS MAÑES

El recuerdo de la novia.

LUIS DE OSSA

Una interviu curiosa.

TOVAR

y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de
Dionisia Lasheras

DIONISIA LASHERAS

Gran tiple de Apolo



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

Qué hace un hombre que en Madrid se está asando de calor, y que además padece un agudo ataque de *splem*, desde que el ruiseñor de Oviedo cejó de epatar á los pacíficos concurrentes á los Jardines del Buen Retiro con sus corbatas de camarero de Fornos y sus puños de celuloide? Pues hacer lo que yo hice; tomar el tren y ahuecar el ala en busca de fresco ya que los dos que le animaban, el de la temperatura y el de la política habían huído de la villa del Vincenti y del madroño.

—¿Dónde quieres ir cuerpecito serrano? —me pregunté horas antes de salir pitando—. ¿A San Sebastián? No; allí me voy á encontrar con las mismas caras, desde Barroso el grande á Pepito Lamorena

el chico; desde la Trini, la de los brillantes, á Paquita la Ansiosa, y ó tienes que hacer vida común con ellas, ó consolarte con la Zurriola si no quieres desahogarte con la Concha, ó en su defecto, hacer una excursión por el Urumea, que es río muy diurético. Andar subiéndote y bajándote al monte Ulía, tampoco es ejercicio de tu agrado y además ese es un monte que antes *ulía* mucho mejor que ahora; le pase como á todos los montes, que por muy aseados que estén, unos más y otros menos, trascienden á bravío, incluso Monte Carlo que huele á cocotero que atufa y el Monte de Piedad que hiede á pignorción que atolondra.

Total, que me decidí por la provincia de Pontevedra, no sólo por ver por mis propios

ojos cómo se pone Vedra, sino por conocer la región más pintoresca, y como yo en cuanto que se trata de regiones, desde la región pectoral para abajo, me descoyunto de emoción, considérese si me agrada el palpar por mí mismo lo que tiene justa fama de hermosura subyugante.

Allí —me dije—, está Santiago, y tú no conoces más que á Santiago Alba, que también es ruiseñor, aunque sólo de Valladolid y sin corbata de camarero, allí puedes visitar la renombrada bahía de Vigo, y eso de pescar un Vigo en los tiempos que corremos, es cosa



El.—Como verás, aquí todos los platos son escasos, pero muy delicados.
Ella.—Pues mira, yo en vez de estas escasas delicadezas, preferiría ahora un pepino bien abundante.

que no se logra todos los días, por muy vigo-roso que se sea; allí, tú que andas tristón y melancólico, tienes las célebres rías, para que te rías en cuanto que las veas, tan alegres y animadas, allí, en fin, está la perla del noroeste, la incomparable Villegarcía, que aunque es Villa y es de García, no lo es de García Prieto, aunque feudatariamente es de ese gran cacique; que se llama marqués de Riestra, que domina en todas aquellas ciudades y aldeas como si fuese una riestra de ajos. ¡Y qué ajos le hemos de hacer, si esa es la política en España!

Y en Villegarcía me tienen ustedes para lo que gusten mandar, dándome más tono que D. Melquiades en los sidres ovetenses, que Borbolla en La Peña de Sevilla y que Sánchez Guerra en el Club-Guerrita de Córdoba.

Apenas si llevo aquí ocho días, y sonriente ustedes del éxito de la Tórtola de Valencia al lado del cariño con que aquí soy tratado; hasta el celeberrimo caldo galego me saluda afectuosamente todas las mañanas al salir de la fonda.

Aquí se hace una vida de senador vitalicio con las Cortes cerradas, aunque mejor dicho estaría, que es de prior de Comunidad rica; vida tranquila contemplativa, desde la belleza espléndida de su paisaje á la no menos espléndida de sus paisanas, que son de las que me recomienda el médico, como tónicos y antibilios-

sas. Por ser agradables estas gentes no le hablan á uno de política, ni del asesinato de Jalón y ni siquiera le colocan el inaguantable estribillo del «Tápame, tápame, que tengo frío».

Y aquí me tienen ustedes tan orondo y satisfecho viendo unas veces cómo embarcan centenares y centenares de cajas de huevos, otras yendo á los criaderos de ostras de Carril, otras visitando la encantadora isla de Cortegada, donde los conejos se ven por millares.

Yo declaro noblemente que jamás vi un lugar con tantos huevos, ni con tal abundancia de ostras, ni con tal multiplicidad de conejos.

Y un pueblo que posee en tanta cantidad estos tres elementos tan imprescindibles: huevos, ostras y conejos, es necesariamente un pueblo digno de la lira de un gran poeta.

Un pequeño REPORTER

SINCERIDAD CONJUGAL

- En la playa:
 El esposo, con aire displicente.—¿Qué, no te bañas hoy?
 Ella.—No, no me atrevo. El mar está muy alborotado y podría llevarme.
 El distraído.—Creo que no tardaría en arrepentirse.

IN FRAGRANTI



El marido.—¡No os pongo la mano encima por no mancharme!
 El otro (aparte).—¿Por dónde pensaría agarrarnos?

La retirada En el mundo ga-
lante madrileño,
de Pepita que en ausencia
de mi amigo En-
rique Romero de Torres, preside con más
autoridad que nadie estotro amigo mío,
D. Juan Belmonte, acreditado entre las
damas por sus «siete sin enmendarse», se

INTIMIDADES CONYUGALES

LOS DE CLASE ELEVADA



El marido.—Cada vez te pones más guapa ne-
nita.

Ella (mimosa).—Para agradarte á ti riquín, pero
repórtate que la niña ya se entera de todo.

habla estos días, con la preocupación que
cosa igual, refiriéndose al Sr. Maura, pro-
duciría en el ánimo de los conservadores,
de la retirada á la vida privada de Pepita
Alcober.

Definitivamente, Pepita se retira. Su her-
moso cuerpo de pecadora, que ha rodado
alegramente tanto, va á descansar; la que
fué encanto y alegría de múltiples fiestas
se decide á emprender una vida aburgue-
sada; los brillantes altares del amor cuen-
tan desde hoy con una sacerdotisa menos.

¿Qué puede haber influido en el ánimo
de Pepita Alcober para que tome tamaña
resolución? La vejez no: Pepita acaba de
cumplir los veintiséis años: á más se con-
serva hermosa y fresca como las floreci-
llas de Abril. Tampoco los desengaños la
aleján de la vida alegre, porque la Alcober,
no sufrió nunca grandes decepciones, por
la sencilla razón de que es muy poco ilu-
sionista y acostumbra á tomar las cosas
buenamente como las traen los tiempos
prosaicos porque atravesamos.

—En mi decisión —le ha dicho á un ami-
go que le ha faltado tiempo para venir á
contármelo— ha tomado gran parte mi es-
píritu enamorado de la libertad.

Desde hace mucho tiempo, deseosa de
ser completamente libre; de no pertene-
cerle á nadie ni de tener que dar cuenta de
sus acciones á persona ninguna, Pepita
empezó á economizar prudentemente y á

LOS DE ABAJO



El marido.—¡Me estás gustando más que Dios,
negra!...

Ella.—¡No seas bocaaza, que está aquí el chico!
¡Cuidao que eres vicioso!

guardar sus economías en el Monte de Piedad.

Cuando éstas fueron creciendo compró papel del Estado, y fué procurándose acciones en las grandes compañías.

Aunque nada tiene de avara, Pepita veía crecer su capital con el reposado contento conque una madre ve crecer al más querido de sus hijos; se había propuesto llegar á una cifra: cincuenta mil duros, para romper con todos sus compromisos y recobrar su querida libertad.

Y el momento ha llegado al fin cuando menos ella esperaba, porque, á pesar de sus esfuerzos, aún no había logrado reunir la mitad de la cifra propuesta.

El caso ha sido el siguiente:

El viejo duque de... conoció á Pepita el verano último en San Sebastián y se enamoró de ella.

Es fama que el duque fué siempre desgraciado en sus amores. Se casó, siendo muy joven, y á poco tiempo supo que su mujer le engañaba. Ideó una venganza que le hiciese famoso entre los maridos ofendidos que saben lavar con sangre las suciedades de la honra, pero recurrió tarde. La duquesa, sospechando la tragedia, huyó con el amante.

Después de pasar muchos años sumido en la más honda y cruel desesperación, el duque se enamoró nuevamente y de nuevo fué engañado, sin poder saborear el placer de la venganza.

En otra ocasión logró batirse con un rival afortunado, y la cuestión le hizo estar en la cama más de cincuenta días.

Desde entonces la vida del duque transcurrió tristemente; la mujer para él era como un instrumento de tortura que el mismísimo diablo se encargaba de hacer funcionar, y se hizo partidario de la Venus nómada, ni más ni menos que un estudiante pobre.

Así las cosas conoció á Pepita y le hizo proposiciones que la Alcober aceptó con gusto.

—Sólo una cosa te ruego —le dijo él—: cuando tengas intenciones de engañarme, participámelo para separarme de ti. Estoy harto ya de ser el último que sabe lo que le pesa. No quiero que me jures fidelidad porque tú eres una niña y yo soy un viejo; pero, por lo menos, te ruego consideración.

El duque y Pepita han vivido muy felices durante unos meses, hasta que el otro día, la Alcober, con esa charla bulliciosa que la hace tan apetecible, le confesó al

duque sus aspiraciones de verse libre, completamente libre, para dedicarse á una vida reposada, lejos del ruido de las bacanales...

¡Oh, cuando ella tuviese los cincuenta mil duros!... Entonces su contento no podría igualarse con el de ningún mortal. Se iría á vivir pacíficamente cerca del mar, á respirar libertad cultivando flores.

Cuando el duque supo los esfuerzos de Pepita por economizar la cifra anhelada se puso muy alegre.

—¿Y si yo te doy lo que te falta? —dijo frotándose las manos.



El.—¡Pero mujer, si hace ya más de dos años que no respondest!

—Me harás muy dichosa... Pero ya sabes: nuestras relaciones amorosas quedarán rotas,

—¿Y nuestra amistad?

—Esa durará lo que tú quieras.

—Pues deseo que seas feliz: mañana habrás visto realizado tu sueño. Quiero ser para ti lo que sería un padre ó un hermano —agregó besándole la frente—, y que halla siquiera una mujer que me recuerde con gusto.

Por eso Pepita Alcober va á vivir feliz.

Félix RECIO

¡A las dos!... Víctor el gracioso espolique del conde Arnulfo, había sido sorprendido besándose con Julia la doncella de la condesa y tiempo le faltó para decirselo al conde. Arnulfo montó en cólera y sin meterse en averiguaciones dió orden para que el lacayo fuese inmediatamente despachado. Aquella medida tan radical era injusta, porque en casa del conde Arnulfo

EN LA ZONA DE RECREOS DEL RETIRO



—Me parece que no tendrán ustedes que decir nada de esta zona.

todos los criados se besaban siempre que la casualidad les reunía á lo largo de los pasillos oscuros, y hasta lenguas viperinas aseguraban que la misma mujer del mayordomo y el cochero...

Por eso Víctor no quiso marcharse sin hablar con su amo, creyendo que éste, á fuer de hombre atento y razonable, le perdonaría. El conde, sin embargo, estuvo inflexible.

—¡Yo no puedo consentir tales abusos! —decía.

—Mi delito, señor, bien considerado, es bien pequeño.

—Es enorme.
—Además, toda la servidumbre del señor se besa.

—¡Mentira!

—Tómese el señor la molestia de recorrer una noche las alcobas de sus servidores y se convencerá de que ninguno de ellos duerme en su cuarto... Esto es una costumbre antigua...

—Ya me guardaré muy bien de eso como del fuego...

—La misma Genoveva, á quien todos hemos considerado hasta aquí como espejo de virtudes, y de inocencia suele quedarse olvidada muchas horas en las habitaciones del portero.

El conde frunció el sobrecejo pensando en la hipócrita modosidad de aquella moza por quien él también sentía cierta pecaminosa afición; pero muy luego se rehizo y exclamó enfurecido:

—¡Basta, calumniador, puedes retirarte!

Hubo un momento de silencio después del cual Víctor, asaz mohino, se atrevió á preguntar:

—¿A qué hora vendré, pues, señor, para cobrar mis haberes?

—A las dos...

Víctor salió del despacho furioso, rumiando una venganza. Al llegar al recibimiento encontró á la condesa que charlaba con su doncella... El momento de la dulce venganza había llegado, y Víctor, con perfecto aplomo acercóse á Julia y la besó en los labios, murmurando:

—Toma, de parte del señor...

—Ella no tuvo tiempo de evitarlo, aunque estuvo pronta á retirar la cara.

Después quiso hacer lo mismo con la hermosa condesa.

—¡Bribón! —exclamó ella.

—Me lo ha ordenado así el conde —repuso Víctor.

Y levantando la voz de modo que el conde Arnulfo pudiese oírle, preguntó:

—¿A las dos me dijo usted, señor?...

Y con estupefacción indescriptible oyeron ambas que el conde respondía:

—¡Sí, imbécil; á las dos!

Arturo REINA

Leed en EL LIBRO POPULAR
EL CHARRÁN Y FLORA LA VALDARJO

novela completa por
EUGENIO NOEL

Los tres sargentos Tres aldeanos montañeses, que venían amenazados por la sequía sus cosechas de maíz, decidieron ir en peregrinación á la ermita del Santo Cristo del Valle, acompañados a sus respectivas mujeres con el

LA EXCAMARERA



Ella (medio enojada).—¡Ojalá no me hubiera dado en ti aquel día que me pedistes una copa de coñac y un vaso de agual...

El.—Y que me la pusistes gorda, acuérdate que no había de Lozoysa como yo quería.

piadoso objeto de implorar de la milagrosa imagen protección para sus campos.

Para que el ruego fuese mejor atendido y poniéndose á tono con la corte celestial, confortaron sus espíritus con el sacramento de la comunión é hicieron voto sagrado y solemne promesa de que durante todo el viaje y en los días que durase la peregrinación abstendríase los tres de dormir con sus mujeres.

Semejante continencia no fué muy del agrado de las esposas, ¿pero qué remedio tenían ellas si no era respetar el voto de sus maridos?

Sucedió que la primera noche de caminata llegaron á un mesón; pidieron de ce-

nar bueno y en abundancia, y repuestas las fuerzas con lo sabroso de los guisotes y con el calorillo del de la tierra, las mujeres, no de muy buena gana, dieron las buenas noches á sus maridos y fueron á recogerse en una amplia habitación en la que de antemano hicieron preparar tres camas. Los maridos, cumpliendo su voto, se quedaron de sobremesa buscando en los placeres de la bebida la natural compensación; pero el diablo que todo lo enreda, hizo que aquella noche se encontraran cenando en el mismo mesón tres sargentos del próximo campamento militar, que aprovechando las horas de descanso hasta el toque de diana, habían decidido cenar juntos.

Como gente alegre y avisada comprendieron en seguida que aquellas tres mujeres dormirían solas, pues de no ser así se hubiera hecho instalar cada matrimonio por separado; y así que vieron á los tres maridos completamente entregados á Baco echaron mano de la estrategia y se retiraron á una habitación próxima á la de las mujeres. Desde ella pudieron observar que los maridos se retiraban dando tumbos y entraban en otro cuarto en el que también había tres camas.

¡Ya no había duda! ¡La retirada del enemigo era un hecho! Y desnudándose rápidamente cuando creyeron á las mujeres dormidas, y después de darse el *santo* y

¡TEMPRANITO!



La vecina del 4.—Las siete de la mañana y ya estás armoa? ¡Gachó contigo!

seña como buenos militares, uno tras otro, de puntillas, á obscuras, y sin hacer el menor ruido penetraron en la alcoba de las tres que, sin duda con la esperanza de que algún marido se arrepintiese del voto, dejaron sin echar la llave.

La consigna de los sargentos era atacar de frente, ó por el flanco, como se pudiera, pero sin hablar ni una palabra y responder á todo ¡chiiist! como imponiendo silencio.

Conocido el supuesto táctico comenzó el ataque.

—¿Pero qué es esto?— pregunté muy bajo una de las mujeres medio dormida.

—¡Chiiist! —siseó un sargento.

—¿Pero has olvidado el voto? —decía otra mujer.

—¡Chiiist! —replicaba otro sargento apretándola contra su cuerpo.

—¡Pero José Manuel!... ¡José Manuel!...

—¡Chiiist! ¡Chiiist!...

Y con tanto chiiist chiiist parecía la alcoba un enjambre de mosquitos. Lo cierto es que ninguna insistía en hablar por miedo á ser oída por sus compañeras.

La resistencia no fué mucha, pero el ataque tremendo.

Cuando las mujeres volvieron á quedarse dormidas, los tres sargentos que veían ya próximo el toque de ciana en el campamento, salieron con las mismas precauciones con que entraron. Nadie se enteró del suceso y como si nada hubiera pasado.

Pero despertaron las mujeres y al verse abandonadas de nuevo se consultaron, confesaron lo ocurrido y las tres con-



JOAQUINITO DICENTA

Joven y notable literato, que siguiendo las huellas de su ilustre padre, acaba de publicar un libro de versos titulado *Lisonjas y lamentaciones* del que da idea esta muestra:

Un día, de amores preso,
quise yo con ansia loca
que dejases á mi boca
dar en tu mejilla un beso.

Al besarte, ¡vida mía!
noté que aquella blancura
que era flor de tu hermosura
de pronto se enrojecía.

Mi corazón subió al labio,
al besarte te hizo agravio
y hallé entonces la razón...

El rojo que te manchaba
era sangre que brotaba
de mi propio corazón.

vinieron en que cada una, y en secreto por lo visto, había recibido la visita de su marido. Decidieron hablarles claro, y puesto que cada uno por su parte había faltado al voto sagrado, conseguir que renunciaran á él en lo sucesivo y siguieran haciendo la vida natural como era su deber.

Llegaron las tres mujeres al dormitorio de los maridos, que continuaban aún en la cama, y exclamaron en tono de broma: —¡Buenos días, dormilones! ¿Es hora ya de levantarse?...

—¡Dejadnos dormir! —dijo uno de los maridos, malhumorado.

—¡Eso, dejadnos, dormir!

—¡Claro, tenéis mucho sueño! —replicó su mujer—. ¡Después de la noche pasada faltando al voto!...

—¿A qué voto? —añadió el primero.

—Al que hicisteis los tres al Santo Cristo del Valle, de no dormir con vuestras mujeres.

—¿Y quién ha dormido con vuestras mujeres? —añadió el segundo marido.

—¡Tiene gracia! —dijo su mujer—. ¡Pues vosotros, cada uno con la suya, ¿quién iba á ser?

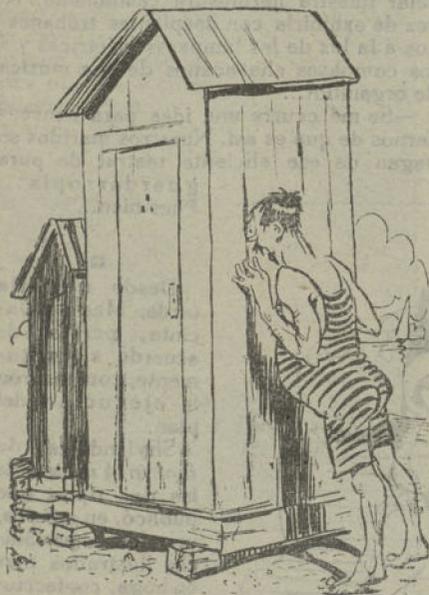
—¿Yo? —gritó uno sorprendido.

—¿Yo?
—Sí, hombre sí, no hay para qué disimular. ¡Lo sabemos ya!

El asombro de los maridos fué terrible al comprender que habían sido suplantados sin sospecharlo sus mujeres, y ya iban á lanzarse sobre ellas y armar una trapatista del demonio, cuando José Manuel, el tercer ma-

rido, hombre astuto y de sutil ingenio, exclamó fingiendo una carcajada.

—Ea, ya que lo sabéis todo, no hay para



—¡Lo que son estas mujeres! ¡Hasta ahí los lleva teñidos!

qué negarlo. Hemos sido nosotros que quisimos ocultarnos unos á otros el haber faltado al voto. Desde hoy seguiremos haciendo nuestra vida de siempre. Levantamos la promesa y el Santo Cristo del Valle nos lo perdonará.

Los otros dos maridos se quedaron con la boca abierta al escuchar estas palabras sin comprender lo que ello significaba, y cuando llenas de alegría se retiraron las mujeres ante la promesa solemne de José Manuel, les dijo éste á sus desgraciados amigos:

—¡Animales! ¿No estáis viendo que nos han suplantado esta noche? Pero dad gracias al Santo Cristo del Valle porque ellas no lo han notado. Hagámoslas creer que hemos sido nosotros y rompamos el voto. ¡Pues si ellas supieran que ha habido sustituto, una vez empezado el queso cualquiera las detiene!...

Ficaro IRAYZOS

Ingenuidad Los dos matrimonios congeniaron de tal manera, que á pesar de vivir en distintos cuartos de la misma casa, habían llegado á hacer un hogar común; «juntaban las comidas», pasaban las veladas en dulce intimidad y hacían los cuatro excursiones domingueras con la alegría bulliciosa de estudiantes y modistillas.

Elas, al quedar solas en casa, cosían juntas, charlando alegremente en mutuas confidencias de una sencillez encantadora; ellos también, cuando se reunían en el mismo café ó hacían en secreto una escapatoria á cualquier teatro, cambiaban sus impresiones con toda franqueza y se permitían comentarios picarescos, sobre todo al admirar las formas de las dos tiplés que durante aquella temporada hacían el propósito ¡Al agua, patos!, célebre entre los escritores por su desenfadada versifi-

ESTUDIOS FISONÓMICOS



Cómo ríen las mujeres cuando se ponen blancas.

cación, y entre el público maleante y bullanguero, por la exhibición descarada de excitantes plasticidades...

Y es el caso que María y Jacinta habían sorprendido en Rafael y en Julio aquella predilección por semejante espectáculo, incluso cuando acompañados de ellas iban á ver la obra al teatrillo aquel de madera construído al aire libre en uno de los paseos de la capital.

—Pero ¿has visto, mujer? —le decía Marta á Jacinta. — ¿Será posible que tanto les

rías de mal tono, en que no podemos tener queja ninguna de nosotras mismas; pero ¿no es triste pensar que pasamos á sus ojos inadvertidas casi, por el hecho de velar nuestra hermosura castamente, en vez de exhibirla con desplantes truhanescos á la luz de las lámparas eléctricas y á los compases chavacanos de una música de organillo?...

—Se me ocurre una idea para convenernos de que es así. Nuestros maridos se pagan de ese aliciente teatral de pura guardarropía...
Pues bien...



El viejo.—Sí, sí... para que luego su señor papá, me ase la cabeza como si fuese una chuleta de huerta...

entusiasme lo que á nosotras maldito si nos llama la atención?

—Eso digo yo; y, sin embargo, es cierto que á la vista de aquellos trajes, nuestros maridos parece que descubren algo nuevo, algo que jamás hubiesen visto. ¿En qué puede consistir?

—No lo sé; porque á mí me consta, sin que esto sea adularle, que envidiarían muchas de las que pisan el teatro, toda la hermosura que tú guardas para tu marido exclusivamente.

—¡Por Dios, no tantol... Lo que sí es indudable es que si el tuyo se fija un poco en... la suerte que ha tenido siendo dueño de tus encantos, se convencerá de que no necesita salir de casa para ver todo eso.

—Bueno, sí; convengamos, sin que sepa el mundo...

¶
Desde aquella tarde, Marta y Jacinta, puestas de acuerdo secretamente, comenzaron la ejecución del plan.

Sirviéndoles de figurín el retrato de las dos tiples que publicó, en colores, uno de los periódicos ilustrados más en boga, confeccionaron con toda exactitud aquel traje de bañista «convencional».

La labor duró más de quince días, sin que Rafael ni Julio pudiesen sospechar lo que sus esposas tramaban con infantil alegría.

Cuando todo estuvo dispuesto, guardaron su sorpresa para la vez próxima que el periódico anunciase la representación de la célebre obrilla.

—¿Queréis llevarnos esta noche al teatro? —preguntó Marta, de sobremesa y en tono displicente.

—¿Qué hacen?

—¡Al agua, patos!

—Sí, sí —exclamaron ellos, alegrándose sólo al oír aquel título tan sugestivo para ellos.

—Pues esperad; en un instante nos vestimos y estaremos dispuestas para que nos acompañéis.

¶

Los dos maridos comenzaban á impa-

VANIDAD



—¡Pues señor, no estoy conforme con la castidad de San Antonio, si me lo hechan á mí, no se va de rositas!

Cada vez que se acercaba uno de ellos al tocador para darlas prisa, contestaban ambas desde dentro:

—Ya salimos.

Por fin, al cabo de unos minutos se oyó la voz de Marta, que decía:

—Rafael, ¿cómo hace el vals que cantan las dos tiples en la obra que vamos á ver? Cantadlo á dúo.

Y los dos maridos, con el entusiasmo que el recuerdo de la situación escénica les despertaba, empezaron á cantar á toda voz.

Cuando el número llegó al momento ma-

sical en que las dos tiples tiran las capas blancas de bañista, se abrió la puerta del tocador que daba al gabinete y, á los ojos asombrados de Rafael y Julio, aparecieron con desenvoltura sus dos mujeres. Fué un momento de verdadera sorpresa; todo lo esperaba menos *aquello*.

Marta, rubia y esbelta, en la plenitud arrogante de los veinticinco años, había adoptado para sí la trusa y el corpiño azules, cuyo raso brillante hacía resaltar con elegancia la blancura de su pecho descotado francamente y de sus brazos desnudos desde los hombros...

Jacinta, de ojos negros y grandes, boca de labios rojos, á través de los cuales latía la sensibilidad, contrastaba con su amiga vistiendo un traje color de fuego...

Ambas, con las cabelleras destrenzadas undosamente y les gorritos tirados hacia atrás con deliciosa coquetería, parecían orgullosos de lucir bajo la malla tirante de color rosado, aquella pureza de líneas que



El visio. — ¡Qué le vamos hacer, otra vez será!

ENGAÑAR CON LA VERDAD



La cocota.—...no señor, no podré pagarle este mes el abono del coche, por que el fresco de mi amante me ha dejado lo que se dice sin camisa...

servía de marco á una exuberancia encantadora.

Fué un momento solemne.

De tal solemnidad que nadie hablaba y el cuarteto que hacían ambos matrimonios permaneció mudo: ellas sonrientes, ellos ¡con la boca abierta!

Pero aquel orgullo con que se presentaron las dos mujeres duró un relámpago. Marta y Jacinta enrojecieron súbitamente.

¡Ninguna de ellas había caído en la cuenta de lo que inevitablemente sucedió!

Rafael no apartaba la vista de la mujer de Julio, mientras éste clavaba sus ojos en la esposa de Rafael.

∴

¡Oh ingenuidad encantadora de las mujeres honradas!...

Roque de LARA

El recuerdo —Créame usted, amigo mío; nosotros, los viejos, los que

nos acercamos con más prisa que quisiéramos al fin de la vida, agotadas ya todas las ilusiones, sólo gozamos la poesía, el encanto, siempre triste, pero que reanima y vivifica nuestro espíritu, de los recuerdos. Y cuando son de amor, mucho más, porque nos parece casi imposible que estos cuerpos gastados y valetudinarios, que se rinden al menor esfuerzo, que no pueden sostener el peso de los años y se apoyan en el bastón, el compañero que nos sirvió para piquetear gentilmente en los días de juventud y en el que ahora reclinamos nuestro desgarbo, hayan sentido y hecho sentir á bellas mujeres la exaltación sexual, el espasmo del placer.



Una.—Es muy guapo; ¿y dices que le gustan las mujeres?

La otra.—¡Ya lo creo! Tú ya sabes cómo se pone mi primo en cuanto nos ve las pantorrillas, bueno ¡pues más que mi primo!

—Yo, únicamente me acuerdo de todo eso cuando, como en estos momentos, paseo por el Retiro y veo en los bancos esas parejas de enamorados que, muy juntos, amparados por la penumbra del anochecer, se aprietan las manos ardorosas y acercan sus cuerpos y sus labios, plétóricos de deseo... Yo también, hace muchos años, fui protagonista, bastantes veces y con diferentes damas, de esos duos de amor, en esos mismos bancos, porque casi todos son los mismos de entonces. Por cierto que allí, detrás de esa plazuela, hay uno de aquella época.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque tiene una marca indudable. En el respaldo grabé, con una navajita, dos nombres y una fecha. Para los demás, eso no significa nada. Para mí es todo un poema. «Fulana y Fulano. Día tantos de tantos. Hora tal.» ¡Si usted supiera lo que pasó en aquella hora!... Sentémonos en él, si usted quiere. Y leerá el letrerito.

—Vamos, sí. Y le relataré á usted algo, que juzgo interesante, de mis añoranzas.

—¿Ve usted? Nuestros nombres, el día, la hora.

—Sí. Y hay otros nombres y otras fechas.

—Ya lo creo. ¡De cuántas escenas son testigos estos bancos! Si hablaran... Y algunos se ven más visitados que otros. Este, lo he observado, es muy favorecido. Como está en tan buen sitio...

—Pues, le iba á contar...

—¡Ah! Sí. Ya le es cucho.

—Verá usted. Esta mañana, no sé por qué, se me ocurrió buscar mi título de abogado, qué lo tengo, no en un marco presidiendo la sala, sino entre los papeles inútiles, porque, á decir verdad, nunca me ha servido para nada. Y no lo encontré, porque dejé la tarea al hallar entre los papeles que pasaban por mis manos, este sobrecoito de dolor con una cartita dentro...

—¿De una novia?

—Sí. Oiga usted lo que dice: «Queridísimo mío: Anoche tuve un disgusto horrible con papá. Creo que nos vió cuando estábamos en el mirador. Ya te advertí yo que allí era muy expuesto. Te escribo estas líneas para avisarte que hoy saldremos más temprano, á las cinco en punto. Hasta luego, riquín.»

¡Mire usted que llamarme á mi «riquín»! Parece mentira, ¿eh? Después de leer esa palabrita me miré al espejo y me dió risa, una risa triste que diría cualquier cursi sentimental.

—Hombre, ¡eran otros tiempos!...

—Bueno, pues esa mujer, que casó con otro, vive en Madrid con su marido. Tiene varios hijos. Nos vemos en la calle algunas veces y como si no nos conociéramos. Sin embargo, ¡cuánta intimidación hubo



—¡Qué rabial ¡¡que se tenga una que bañar vestida!

entre nosotros! Una prueba: mire usted esto. Cuidado que no se vuelen. Estaban también en el mismo sobre.

—¿Cómo? ¡Ah! Cabellos, ricitos ensortijados. Pero, oiga usted, no son de la cabeza ¿verdad?

—No. Ya comprenderá usted...

—Claro. Se distinguen en seguida. ¿Y

cómo no le devolvió usted eso al terminar con ella?

—¡Ahí está lo gracioso! Al romper nuestras relaciones, la devolví, á petición suya, las cartas (esta, tal vez, quedó trasapelada) y los regalos, de los cuales, el máspreciado para mí era este de los ricitos.



El músico.—¡Vaya una sonata que le tocaría yo, tía teal

Ella.—¡Ay, hijo; yo ya soy vieja, yo para animarme necesito la Banda Municipal con las piezas más escogidas.

Yo no quería separarme de estas hebritas de seda que tenían el aroma, el perfume de mi ex novia, pero ella me lo exigía. ¿Cómo complacerla y complacerme? Tuve una idea. Los dos, ella y yo, éramos morenos, podía confundirse nuestro pelo. Y... ya adivinará usted lo que hice. Cortarme un mechoncito, y enviárselo como suyo.

—¡Qué cinismo! Y ella ¿lo notó?

—Creo que no, porque nada me dijo.

Luego entró en relaciones con el que hoy es su marido, y no pasó más.

—Tiene gracia.

—Y está en lo posible que ella guardará, como reliquia «aquello»; y tal vez, lo mismo que me lo había dado á mí, le hiciera luego á su novio idéntico regalito. ¡Ah! Si eso sucedió, que no es difícil, ¡cuántas veces, el pobre enamorado, sentiría deliquios voluptuosos al mirar, ó tocar, ó acaso, oler aquellos ricitos que ¡eran míos!

—Ja, ja, ja...

—Yo también me he reído mucho pensando en ello.

—Y ahora, ¿qué va usted á hacer con esos pelitos?

—¡Ah! Conservarlos siempre. Son el recuerdo de una novia que ya me ha olvidado. Son, más aún, el recuerdo de nuestra juventud, porque mírelos usted, están negros y nosotros ya solo peinamos canas...

José Luis MAÑES

LAS NENAS TERRIBLES



Ella.—Mira Luisito, yo no tendría inconveniente en ser tu novia, pero hijo, eres muy apocado y no te aprovechas en los pasillos y en los rincones como hacen todos

Una entrevista curiosa El amor ligero, ficticio, inconstante, ¿habrá reemplazado al amor pasional? ¿Dónde está el daño? La pasión es siempre un sufrimien-



El parroquiano.—¿Y dices que mi mujer hablaba medio francés?

El camarero.—Sí señor, por que cuando entraron en el reservado el que venía con ella pidió un vermouth y ella pidió *catre*.

to, una enfermedad del corazón y del cerebro.

He preguntado lo que opinaba del amor moderno á la delicadísima rubia mademoiselle Emma de Saint-X..., y la marquesa se ha expresado así:

—Es un lindo juego perfeccionado. Nos interesa sólo cuando jugamos. Al dejarlo, llevamos alegre el corazón y los ojos caídos. La galantería asciende hoy mucho más arriba de la rodilla. Desde que la bicicleta ha descorrido el velo de todos los misterios ocultos bajo la liga, se experimenta el ansia de pasear los ojos llenos de deseos por regiones veladas aún. Se entra así más aprisa en el país de las intimidades...

—¿Y la galantería de los hombres?

—Voy á contar á usted una historia, reciente aún, de la que es heroína una amiga mía. Blanca contrajo matrimonio, hará unos dos años, con un caballero serioso, monótono como la lluvia, á quien sólo se le ocurre hablar de asuntos relacionados con la política, y por otra parte lleno de prevenciones, no olvidando jamás ni la fiesta onomástica ni el aniversario de Blanca; total: dos soberbios regalos al año. En

NUESTROS FIGURINES



Este traje tiene el inconveniente de que no lo puede llevar una mujer mal *construida*, por que como ustedes ven, hay que lucir una tontería de muslo y... de lo otro.

suma... ¡la más execrable burguesía! Blanca es una de esas naturalezas modernas, amantes de mimos y de besos, y como no encontraba en su marido con qué satisfacer sus ansias, cayó en brazos del primer individuo que la felicitó por sus preciosas pupilas.

—Primer adulterio.

—No, no eche usted cuentas, querido— continuó mi rubia interlocutora—; Blanca ha recomenzado tan á menudo, que nos enredaríamos con las cifras.

—¿Más aún que la marquesa de X?...

—¿Más? ¡es difícil! Igual por lo menos. Blanca ha sido íntima amiga de cuantos hombres la conocen, en París, en el campo, en las playas. Ha rodado por todas partes, en las habitaciones de los solteros, en gabinetitos particulares, en los hoteles donde las sábanas no siempre son immaculadas. ¡Paes bien! voy á decirle á usted una cosa extraordinaria: Blanca afirma que sólo ha conocido hombres amables, exquisitos, galantes hasta lo sumo. Lo cual

significa que la galantería subsiste siempre cuando se tiene cuidado en no dejar envejecer los amores. Las relaciones hoy deben marchar al galope; se toma, se deja, se recomienza con otros, y no se consiente que el *hábito* marchite los besos y las caricias. ¡Ah! Blanca es una mujer muy dichosa.

—¿Y su marido?

—¿Su marido? Lo adora. Y él es aún el más feliz de cuantos con ella intiman. Figúrese usted, no lo importuna nunca... ¡No tiene tiempo... ni fuerzas!

Luis de OSSA

París, 14 Julio 1915.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Está á la venta por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =